



NÚMERO 35

AÑO II

PERIÓDICO QUINCENAL INDISPENSABLE PARA LAS FAMILIAS, ILUSTRADO CON PROFUSION DE GRABADOS EN NEGRO Y FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARIS, patrones trazados en tamaño natural, modelos de labores de aguja, crochet, tapicerías, etc.

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL

Los que deseen suscribirse únicamente al periódico EL SALON DE LA MODA, por anualidades, semestres ó trimestres con pago anticipado deberán regirse por la siguiente nota de precios:  
**EN ESPAÑA, un año, 60 reales.-Seis meses, 32 reales.-Tres meses, 18 reales. — EN PORTUGAL, un año, 3000 reis.-Seis meses, 1600 reis.-Tres meses, 900 reis. — Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes**

SUMARIO

TEXTO.—Explicacion de los suplementos.—Descripcion de los grabados.—Revista de Paris.—Ecos de Madrid.—Rayos de sol (continuacion).—Pensamientos.—Recetas útiles.—Pasatiempos.

GRABADOS.—A 1. Manteleta Antonina.—B 2. Chaqueta Metela.—C 3. Niña de 4 años.—4. Cenefa de tapicería.—5. Fondo de tapicería.—6. Cenefa bordada para ropa de mesa.—7. Dibujo para bordado en malla.—8. Camisa de dormir.—9 y 10. Trajes de señoritas.—11 Camisa de dormir.—12. Peinado de fantasía empolvado (visto por detrás).—13. Traje de visita.—14. Traje de casa.—15. Peinado fantasía empolvado (visto por delante).—16. Traje de casa.—17. Traje de concierto.—18 y 19. Trajes de paseo.

HOJA DE PATRONES número 35.—Manteleta Antonina.—Chaqueta Metela.—Vestido de niña.

HOJA DE DIBUJOS n.º 35.—Cincuenta dibujos variados.

FIGURIN ILUMINADO.—Trajes de paseo.

cuya abertura se ve una pechera ó plastron de felpa rubí. Sombrero de paja gris, adornado de plumas rubí. Medias de este último color.

Segundo traje.—Falda cubierta de volantes de encaje color de hilo crudo, orlada de un volantito plegado de raso color de castaña. Redingote formado de plegados de tafetan azul liso

y de faldones brochados de color de castaña sobre fondo azul. Puf de brochado. Corpiño asimismo brochado, guarnecido de draperías de tafetan azul y de encaje de hilo crudo. Bocamangas, cuello y cinturón de terciopelo castaño. Flores amarillas junto al cuello. Sombrero de paja, guarnecido de terciopelo castaño.

DESCRIPCION

DE LOS GRABADOS

A 1.—MANTELETA ANTONINA, de seda de canutillo ó de siciliana negra, con faldones bastante largos por delante y con un gran lazo de moire sobre el puf. Collar de moire con lazo delante. Guarnicion de encajes alrededor de la manteleta y un encañonado en el cuello. Sirviendo de cabecilla á los encajes y rodeando el dibujo plegado que forman en la espalda, van colocados bordados de azabache. Falda de lanilla á rayas arrasadas, levantada por detrás á modo de puf cascada, y abierta por delante sobre otra falda de encaje. Sombrero de paja, adornado con una banda de gasa y un grupo de flores ligeras en el delantero.

B 2.—CHAQUETA METELA, de cañamazo de hilo, bordado de motas de felpilla. Cuellecito de encaje ligeramente encañonado terminando en doble chorrera, con lazos de raso, sujetos con hebillitas de plata oxidada. Tirantes de raso, los cuales terminan en punta en el borde de la chaqueta. Vuelos de encaje. Doble hilera de encaje alrededor de las haldetas. Falda redonda de taletan bordado. Túnica de velo brochada de hojas. Sombrero de gasa, de hechura de gorro, encañonado alrededor y con lazos de cinta estrecha en el delantero.

C 3.—NIÑA DE 4 AÑOS.—Vestido de velo de color claro; el delantero plegado y abierto sobre un peto de surah azul marino ó encarnado. Falda plegada, de surah, con un volante de encaje ó de bordado inglés. Cuello adecuado. Lazos de raso, en el cuello



A 1. Manteleta Antonina.—B 2. Chaqueta Metela.—C 3. Niña de 4 años

EXPLICACION

DE LOS SUPLEMENTOS

1.—HOJA DE PATRONES n.º 35.—Manteleta Antonina (grabado A 1 en el texto); Chaqueta Metela (grabado B 2 en el texto); Vestido de niña (grabado C 3 en el texto).—Véanse las explicaciones en la misma hoja.

2.—HOJA DE DIBUJOS número 35.—Cincuenta dibujos variados.—Véanse las explicaciones en la misma hoja.

3.—FIGURIN ILUMINADO.—Trajes de paseo.

Primer traje.—Falda de felpa rubí. Túnica recogida de cachemira de color gris paloma bordada á dos tonos. Corpiño del mismo color, bordado, por

y en el borde del peto. Un gran lazo de raso en el puf. Sombrero de paja, de ala redonda, forrada de terciopelo y con un pañuelo de surah moteado puesto un tanto arrugado en el delantero de la copa.

4.—BORDADO DE TAPICERÍA, para muebles de fantasía.

5.—FONDO DE TAPICERÍA, para muebles.

6.—CENEFA BORDADA, para mantelerías.—El bordado se ejecuta á punto de cruz. El azul y el encarnado predominan siempre en esta clase de bordado, para el cual se usan algodones de colores. El amarillo y el color de madera mezclados con los colores vivos, hacen muy buen efecto.

7.—DIBUJO DE MALLA BORDADA.—Segun para lo que se destine este trabajo, ya sean vestidos, cojines ó muebles, se ejecuta sobre seda, batista, lana, etc. Los cuadros calados se hacen á punto de relieve sobre malla. Los entredosés y las flores llenas, se bordan á punto de feston. Hecho sobre seda cruda de dos tonos para delantero de vestido, produce un efecto soberbio.

8.—CAMISA DE DORMIR, hechura matinée, de percal, guarnecida con bordados y encajes. La pechera plegada; cuello recto, con cuell-cillo de encaje. Lazos de otomano en las mangas y en el cuello.

9.—TRAJE DE SEÑORITA, de popelin gris pizarra, con motas de color de rosa y encarnado oscuro. Un lazo forma el puf. Todos los adornos, draperías, cinturón y lazos son de terciopelo encarnado oscuro. Camiseta de seda color crema bordada. Sombrero de paja encarnado oscuro, adornado con fantasías y flores de color de rosa.

10.—TRAJE DE SEÑORITA.—Falda plegada de surah de color de rosa silvestre. Sobrefalda de tafetan del mismo color atravesada de cintas atadas de color de hoja seca. Falda-redingote de tafetan color de hoja seca, bordada de dos tonos. Los mismos bordados en el corpiño abierto y en el faldon postillon. Chaleco de tafetan de color de rosa. Botones y corbata de color de castaña. Sombrero de paja de color de hoja seca. Banda drapada del mismo color y grupo de flores de color de rosa en el delantero de la copa.

11.—CAMISA DE DORMIR, de batista, guarnecida con tiras festoneadas de color, con bordados rusos en las costuras. Peto-chorrera colocado sobre las solapas. Tres volantes en las mangas y tres ruchas en el cuello.

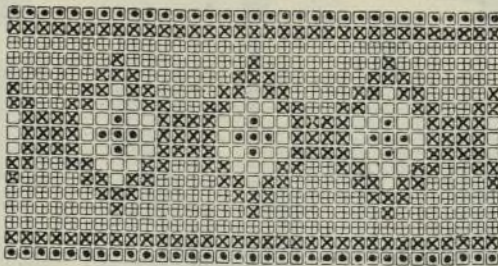
12 y 15.—PEINADO EMPOLVADO DE FANTASÍA.—Para hacer este peinado, se rizan los cabellos de delante (dibujo n.º 15) y se forman bucles flojos muy ligeros. Es preciso que para este peinado no tengan los cabellos más de 40 centímetros. Por detrás (fig. 12) se levantan los cabellos muy altos y se forman retorcidos pequeños dejando caer algunos bucles sobre el cuello segun lo indica el dibujo. Como adorno, sargas de perlas en el delantero, con marabut encarnado y penachito de oro muy ligero.

13.—TRAJE DE VISITA.—Falda plegada de siciliana gris plata. Túnica recogida de velo liso del mismo color. Unas cintas de terciopelo, caen verticalmente sobre el delantero y terminan en conchas. Visita de granadina bordada de terciopelo y guarnecida de encajes y perlas con aplicaciones de claro de luna. Un peto plegado de siciliana forma el delantero de la visita. Sombrero de paja granate oscuro, bordado de claro de luna. Un encaje de color crema diadema por delante. Lazo y penacho gris plata.

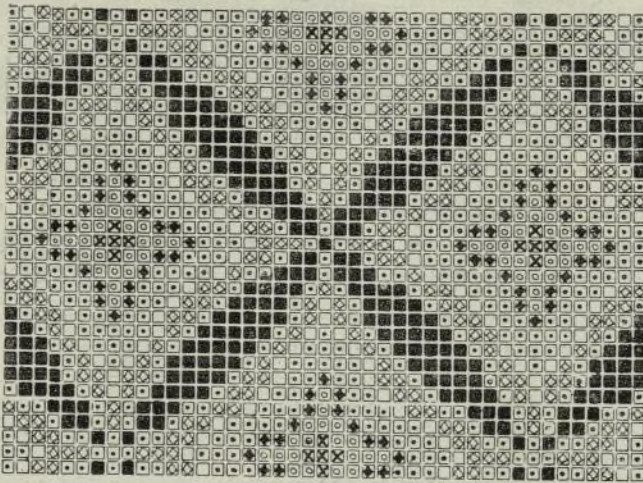
14.—VESTIDO DE CASA de velo de color crema. Falda guarnecida con trencillas rayadas verde y rosa. La túnica recogida en forma de chal, va adornada de trencillas así como el corpiño y las mangas. La drapería del puf es lisa, sin trencillas.

16.—TRAJE DE CASA.—Falda lisa de terciopelo tizon, sobre la que caen en forma de abanico pliegues de siciliana de color beige. La drapería de la túnica y los pliegues se unen bajo un lazo de terciopelo tizon, que cierra también el corpiño sujeto á un lado y guarnecido con una banda de terciopelo de dicho color y con un lazo junto al hombro. Cuello recto de terciopelo tizon.

17.—TRAJE DE CONCIERTO Ó MATINÉE.—Falda de encaje blanco, sobre viso color de malva. Túnica, corpiño y draperías de seda de canutillo de color de pensamiento. La sobrefalda forma faldones



4.—Cenefa de tapicería



5.—Fondo de tapicería



6.—Cenefa bordada para ropa de mesa



7.—Dibujo para bordado en malla

puntiagudos enlazados uno con otro por medio de presillas sujetas con un boton de acero bronceado. Túnica recogida y puf de ondas flojas. Un lazo de moaré color de malva va colocado en el costado. Hombrecas y gola de moaré color de malva. Cuello recto de terciopelo de color de pensamiento. El corpiño va abrochado con presillas sobre una camiseta de encaje blanco. Dos hileras de abalorios terminan la gola.

18.—TRAJE DE PASEO.—Falda compuesta de volantes de encaje crudo, atravesados de largas cintas de terciopelo azul oscuro. Túnica recogida de surah de color crudo. El corpiño, adecuado, está cubierto por delante por un peto de encaje, con terciopelos. Vuelos de encaje y terciopelo. Sombrero de surah azul, guarnecido de encajes de oro y un grupo de plumas color de marfil salpicadas de oro.

19.—OTRO TRAJE DE PASEO.—Falda guarnecida de volantes de encaje blanco. Túnica abierta y recogida, de faille color de malva bordada de color de violeta oscuro. El lazo del puf es también de color de malva. Corpiño color de malva, abrochado con presillas sobre una chorrera de encaje. Camiseta á manera de religiosa, de gasa guarnecida de punto viejo. Mangas de faille color de malva y punto viejo. Cuello de terciopelo de color de violeta. Capota de encaje sin bridas, guarnecida de terciopelo color malva y color violeta.

## REVISTA DE PARIS

Si á cualquier parisiense se le preguntara cuál ha sido el acontecimiento más notable, el suceso más culminante de la primera quincena de abril, contestaría sin vacilar: el baile del *Hotel de Ville*. Y en verdad que no le faltaría razón para asegurarlo así.

Esta fiesta, que ha competido cuando no sobrepujado en esplendor y magnificencia á las que veinte años atrás daban los prefectos del Sena y á las que acudían en suntuosos trenes el emperador, su corte, los ministros,

todo el cuerpo diplomático, los altos funcionarios y lo más escogido de la sociedad parisiense, ha sido organizada, como saben ya mis lectoras, por la prensa de esta capital con objeto de arbitrar recursos con que atender á hacer más llevadera la miseria que pesa este invierno sobre las clases pobres de Paris.

Primeramente trató de celebrarse en la Bolsa, pero habiéndose reconocido que este edificio adolecía de muchos inconvenientes para el objeto, hiciéronse gestiones para darla en la Casa de la Ciudad, y gracias á la buena voluntad del Ayuntamiento, los organizadores del baile han podido disponer de los suntuosos salones del palaciu municipal, recientemente erigido sobre las ruinas del incendiado por la Comuna. Debo añadir en obsequio al Ayuntamiento que no tan sólo ha cedido el edificio, sino que ha corrido con la casi totalidad de los gastos materiales á fin de que los productos fuesen á parar íntegros ó poco menos á poder de los necesitados.

Contándose pues con semejante monumento y con la dirección de M. Alphand, director de Obras públicas de Paris y de sus colaboradores, los señores Bouvard y Bartet, no podían menos de hacerse maravillas. El gusto y el fecundo ingenio de M. Alphand han triunfado de la frialdad inevitable de aquellas grandes paredes que aún aguardan la ornamentación que deben tener algún día, y de la desnudez de las piedras, disimulada merced á los lujosos tapices con que se cubrieron, soberbiamente combinados con asombrosa profusión de frondoso ramaje.

El aspecto general era verdaderamente mágico. La fachada de la Casa de la Ciudad estaba iluminada con inusitado esplendor: el gas, la electricidad, las luces de Bengala y los globos luminosos en los árboles del jardín, derramaban por do quiera una brillante claridad que convertía la noche en esplendoroso día, y ante tantas y tan deslumbradoras irradiaciones, ante los fúlgidos destellos de los inmensos espejos rodeados de guirnaldas y ante aquellos pavimentos sembrados de camelias de nacarados pétalos, podía considerarse el espectador, sin hacerse demasiada ilusión, en uno de los fabulosos palacios de las Mil y una Noches.



Henry Platt, Lith. Silquin, imp. Paris. Reproduccion prohibida.

## EL SALON DE LA MODA

II - Nº 35

*Montaner y Simon, Editores*

BARCELONA

*Para tener hermosos los dientes y no padecer de la boca, usase el Elisir y los polvos de Mentholina dentifrica que prepara el D.º Andreu de Barcelona y que se venden en las principales boticas y perfumerias de España y de América.*



Al entrar en el palacio municipal, por la sala de San Juan convertida en guardaropa, causaba ya verdadera sorpresa el imponente golpe de vista que presentaba la escalera principal á cuyos lados estaban formados los guardias de París con su uniforme de gala. Pero ántes de subir dicha escalera se veía en el fondo del jardin de invierno, rodeada de un enverjado dorado revestido de plantas trepadoras, una enorme roca de hielo artificial que no ha podido producir el efecto deseado, porque el calor la ha dejado reducida á ménos de la mitad de sus dimensiones. En aquel jardin, iluminado á giorno con faroles venecianos y luces de Bengala, y adornado de estatuas, estaba situada la música de la guardia republicana, que no léjos de la sala de refrescos, tocaba las mejores piezas de su repertorio.

La escalera de honor, cuya rica arquitectura cautiva la atención del público, daba acceso al salon de recepcion y á la gran galería de las fiestas, arreglada para el baile y que estaba radiante con la blanca claridad de sus doce arañas, compuestas de lámparas eléctricas reunidas por grupos. En el fondo, habia un tablado ocupado por la orquesta dirigida por Arban; enfrente, un vestibulo con cuatro fuentes de bulliciosos y frescos surtidores, y en uno de sus lados una vasta galería de anchas ventanas con lujosos cortinajes, desde la cual se dominaba el baile en su vertiginoso conjunto.

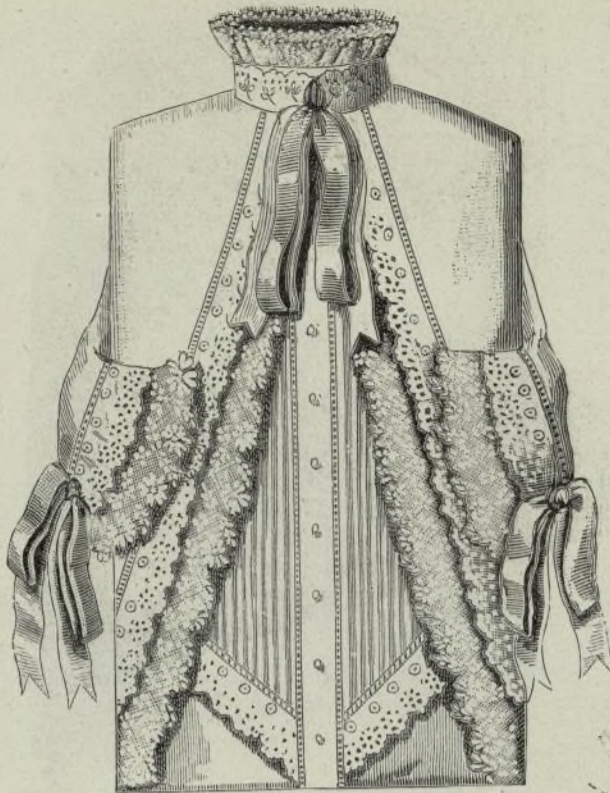
Atravesando en seguida un buffet, se pasaba á un vasto salon en donde Metra, el famoso director de or-

questa, dirigia los más animados vales. Este salon, de curiosísima arquitectura, está formado de tres salas sucesivas, separadas por tres ligeras arcadas: en sus dos extremos hay dos chimeneas monumentales de mármol blanco, cuyas esculturas, bosquejadas solamente, estaban cubiertas de follaje, y en cuyo fondo se colocaron provisionalmente algunas estatuas.

Pasábase despues al suntuoso despacho del prefecto del Sena; luégo á otro buffet, en seguida al salon de los Prebostes, transformado en un inmenso bosque, destinado á sala de fumar é iluminado por diez y seis candelabros, y por último, seguian la sala de sesiones del Ayuntamiento, reservada para el cuerpo diplomático, y la de la Prensa, destinada para los organizadores de la fiesta.

Pero la maravilla de las maravillas era la espaciosa biblioteca convertida en restaurant, donde se habian colocado cien mesas para cuatro personas cada una y en las cuales se servian cenas á ocho francos por cabeza. Pero como se creyó con razon que ciertas personas preferirian cenar por grupos de diez ó doce, se arreglaron detrás de la biblioteca diez saloncitos que no estuvieron desocupados por cierto un momento.

Desde ántes de las diez de la noche los salones estaban literalmente atestados de gente, siendo imposible formarse una idea del aspecto que presentaban á dicha hora los alrededores de la Casa de la Ciudad. Por las



8.—Camisa de dormir

calles de Rívoli, San Antonio, Victoria y plaza del Chalet avanzaba una verdadera marea humana y dos filas de carruajes que, admirablemente ordenadas, llegaban hasta las Tullerías. Y haciendo aquí justicia á los directores de la fiesta, así como á los agentes de la autoridad, debo decir que á pesar de los millares de personas que á ella asistieron, todas pudieron entrar sin tropiezo ni detencion alguna, tan grande fué el órden que reinó. No menor fué el del servicio del guardaropa, tan solícito y bien desempeñado, que nadie tuvo que detenerse ni hubo que lamentar siquiera el extravío de un alfiler.

Poco despues de las diez empezó el baile, que estuvo sumamente animado, pues lo cierto es que hasta la persona de temperamento más hipochondriaco no podia ménos de ceder al magnetismo irresistible del espectáculo que le rodeaba. Aquel despilfarro de luces que transformaban el suntuoso edificio en un palacio de diamante destellando á los reflejos de una aurora sobrenatural, los armoniosos sonidos de nutridas orquestas que ejecutaban danzas de arrebatadoras melodías, las mil y mil alegres conversaciones de los concurrentes que deponiendo la etiqueta enojosa de las fiestas oficiales, manifestaban con sus oportunas ocurrencias una familiar aunque discreta alegría, la esplendidez de los salones, el gusto y elegancia de los trajes que



10.—Traje de señorita



9.—Traje de señorita

sin ser ostentosamente lujosos, guardaban consonancia con la índole en cierto modo democrática de la reunion, todo en fin formaba un conjunto ameno, deleitable y á propósito para dar un momento de tregua al esplin más arraigado y á la preocupacion más molesta.

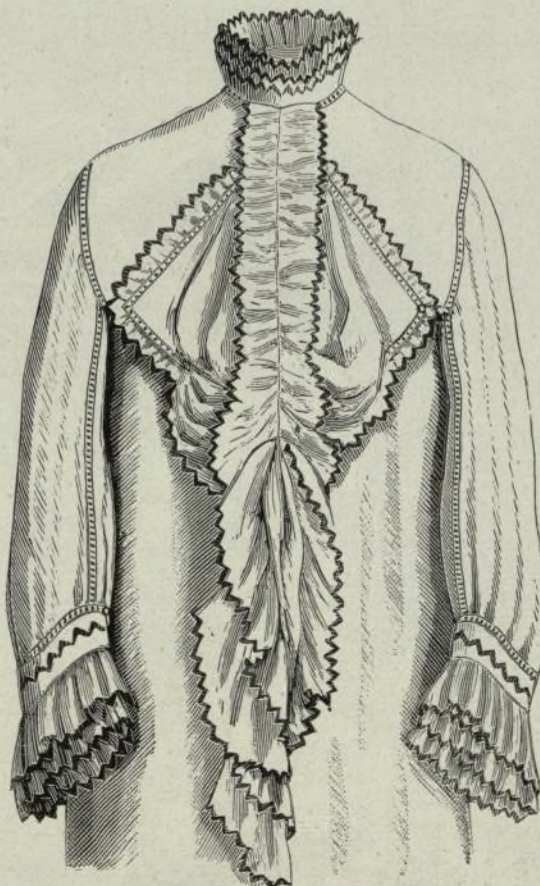
Los buffets estuvieron muy concurridos. La baratura de las bebidas atrajo á las personas sedientas á causa del calor que era excesivo. En particular el *trink-hall*, ó sala de refrescos, se tomó casi por asalto, y los doscientos veladores que en él habia no bastaron; de suerte que muchos de los concurrentes se hicieron servir, no sin trabajo, en el mostrador.

A las dos de la mañana se suspendió el baile un momento para verificar el sorteo de la Tómbola. Las salas en que estaban expuestos los objetos rifados, cedidos en su mayoría por los artistas y los grandes industriales, se llenaron en un momento de apiñada muchedumbre. Entre dichos objetos, cuyo número pasaba de dos mil, figuraba un soberbio jarron de porcelana de Sevres, ofrecido por el presidente de la República. El

sorteo, que no pudo terminar, habiéndose aplazado su conclusion para el siguiente día, se verificó de un modo tan nuevo como pintore-co.

Sacaron las bolas numeradas doce niñas de diez á quince años, que formaban parte del cuerpo de baile, y que, vestidas de Ceres, llevaban sujetos los cabellos con coronas de espigas de oro rematadas en una estrella de cinco puntas, y en el cuello unas cintas de raso azul de las cuales pendian unos canastillos blancos adornados de filetes de oro claro en cuyo fondo estaban las bolas. Se las colocó alternando de cinco en cinco delante de la tribuna de los músicos, y á una señal del director de la Tómbola, cada una sacaba una bola de su canastillo y la levantaba á la altura de su cabeza, mientras dos empleados decian en alta voz el número así formado.

Suspendida la tómbola, volvió á empezar el baile que duró hasta las cinco de la mañana, terminando con el cotillon de rigor, en el cual se repartieron elegantes y caprichosísimos objetos, y que estuvo dirigido por algunos empleados de la prefectura, los cuales habian ensayado de antemano multitud de figuras, casi todas muy originales y en su mayor parte nue-



11.—Camisa de dormir

vas, que seguramente se reproducirán en los salones abiertos todavía hasta el día del Gran Premio de las carreras de caballos.

Tal ha sido, rápidamente reseñada, esta fiesta de la que se guardará mucho tiempo recuerdo, tanto por su admirable y bien ordenada organización como por el número de personas que han asistido á ella, y que no ha bajado de 15,000, así como por los productos que ha dado para el benéfico objeto que la ha inspirado, los cuales se calculan en 300,000 francos. En un principio se destinaban estos exclusivamente para los pobres de París, mas los últimos sucesos de la guerra con China sugirieron la idea de hacer partícipes de ellos á los heridos del Tonkin, y habiéndose acordado así, se repartirá dicha suma por mitad entre unos y otros.

Ha contribuido á completar la referida cantidad lo recaudado durante los dos días siguientes por permitir visitar el edificio á las personas que no pudiendo disponer de veinte francos, precio del billete para el baile, deseaban recorrer y admirar los salones tal como se habían adornado para la fiesta. De este modo, y á pesar de haber fijado en 50 céntimos solamente el precio de la entrada, se han recaudado 20,000 francos más, lo cual significa que han satisfecho su modesta curiosidad 40,000 personas.

Algunas de mis lectoras desearían saber qué personajes principales ó conocidos han asistido al baile del Hotel de Ville; bien quisiera complacerlas, pero es imposible citar nombres entre tan numerosa multitud: sólo indicaré que entre los caballeros y damas españoles pude ver al embajador señor Cárdenas y á los señores de Rute, y entre los individuos de nuestra aristocrática sociedad al duque de la Rochefoucauld, al príncipe de Sagan, á Mad. Gauthereau, etc., etc.

Pero no han terminado aquí las magnificencias de esta quincena en punto á bailes suntuosos, pues como si el actual invierno moroso hubiera querido recuperar el tiempo perdido y morir alegremente, entre la febril agitación del placer y el ruido de las fiestas, ha habido otra porción de reuniones brillantísimas, entre las cuales son dignas de particular mención el baile de máscaras dado por el pintor Gustavo Jacquet, que ha firmado sus invitaciones con el seudónimo de Gaillard, y el baile de etiqueta celebrado en el soberbio palacio de la baronesa Salomon de Rothschild. El primero ha sido magnífico, suntuoso, desde el punto de vista artístico, pero solemne y falto de *entrain*, á pesar de que el anfitrión ha hecho lo posible por animar á sus invitados en cuyo obsequio se ha gastado cincuenta mil francos en esta fiesta. Verdad es que ha tenido el gusto de ser aclamado por la multitud que llenaba los alrededores de su hotel cuando le ha visto cruzar la plaza Malesherbes, caballero en un arrogante potro, y vistiendo con tanta soltura como elegancia un rico traje de la época de Enrique III; pero esta satisfacción le ha costado algo cara, sin contar con que sus convidados no han quedado del todo satisfechos, pues un baile de máscaras donde no reina la familiaridad y la alegría es más aburrido que uno de obligada gala.

El de la baronesa de Rothschild se ha distinguido en cambio por la distinción y discreta cordialidad de los concurrentes así como por la maravillosa suntuosidad del local. El salón de baile es inmenso, con su chimenea monumental, su galería circular de barandaje delicadamente esculpido y su elegante cúpula desde la cual derramaban varios aparatos eléctricos torrentes de esplendorosa luz



12.—Peinado fantasía empolvado (visto por detrás)



13.—Traje de visita

14.—Traje de casa

sobre los desnudos hombros de las damas. Visto este salón desde la puerta, parece el encantado palacio de un hada. El comedor, donde se sirvió el buffet, da á un delicioso invernadero, pequeño sí, pero que ofrece la particularidad de que, en virtud de una bien entendida combinación de espejos, se reproducen hasta lo infinito sus admirables plantas exóticas, causando tan sorprendente ilusión, que el espectador puede creerse trasportado á algún misterioso y balsámico rincón del legendario Oriente.

Es inútil decir que acudieron á esta fiesta cuantas notabilidades constituyen en París la sociedad aristocrática, diplomática, artística, literaria y financiera. Se bailó en todos los salones, en el de honor, en la galería contigua, en la sala llamada de las curiosidades por estar allí reunidos todos los tesoros artísticos que el barón ha coleccionado con inteligente afán; en la sala de recepciones y hasta en el comedor. Terminó tan agradable fiesta con el obligado cotillon dirigido por el conde J. de La Salle y la señorita Elena de Rothschild, que llevaba un delicioso traje de pajizo color.

Y ahora que de trajes hablo, caigo en la cuenta de que he llegado casi al final de mi revista sin indicar nada acerca de las modas. No es de extrañar: durante el actual invierno se han ofrecido tan pocas ocasiones de describir fiestas como las que dejo ligeramente reseñadas, que me he aprovechado con fruición, aunque no con la latitud apetecible, de la oportunidad ofrecida por estas para indemnizar á mis lectoras de la inevitable monotonía de las revistas anteriores.

Dedicaré pues el poco espacio de que puedo disponer á hablar de los sombreros, cuya moda empieza ya á fijarse, con marcada tendencia á conservar y aún á aumentar la altura de la copa, es decir que lo que dos años atrás era anchura, se ha convertido ahora en elevación.

El tipo más gracioso y distinguido de los sombreros de señoritas es el siguiente: paja beige ó morado claro, de copa alta, con el ala-visera ligeramente inclinada á un lado y ligeramente levantada al otro. El ala va forrada de terciopelo ó de la tela con que se adorna el sombrero. La granadina de seda moteada de terciopelo, constituye uno de los adornos más bonitos. Una granadina color de fresa, con motas granate que sirva de forro al ala y forme retorcido alrededor de la copa, y aparte de esto dos pájaros de plumaje sobriamente dorado, puestos á modo de penacho á ambos lados de un lazo largo, produce elegante efecto.

Se ponen asimismo en los sombreros, sean cerrados ó no, ramitos de flores finas y hojas brillantes. Todas las flores sirven para este adorno, sin exceptuar tampoco las mazorcas de maíz, aunque son preferibles las espigas de trigo y de avena; por último, las gramíneas de todo género se mezclan con las grandes flores para hacer el ramo menos pesado á la vista.

Todavía se llevan plumas rizadas en los sombreros redondos, pero solamente en estos. Actualmente imperan las aves tornasoladas y brillantes y las alas doradas.

Para los bebés, se usa indiferentemente la capota bebé adornada de telas caprichosas, ó el sombrero de alas anchas con grandes lazos flotantes.

Los sombreros de las niñas tienen cierta afinidad con los de las señoritas; son también de alta copa con el adorno puesto delante. No dejan de llevar flores, pero lo más admitido es ponerles lazos de moire ó de gasa á modo de penacho, con grandes agujas atravesadas y alguna que otra ala.

Para terminar con lo

que á los sombreros se refiere, añadiré que, á fin de armonizar la forma con la elevacion, las aves puestas á modo de penacho tienen las plumas de la cola rematadas á modo de báculos, siendo altas, y casi siempre doradas ó salpicadas de oro.

..

Los teatros nos han ofrecido en esta quincena un sólo estreno, y bien desgraciado por cierto; el drama en tres actos titulado: *El Divorcio de Sarah Moore*, puesto en escena en el Odeon y debido á la pluma de una conocida escritora que oculta su verdadero nombre tras el seudónimo de Jacques Rozier. A pesar de los esfuerzos de los artistas, á los que el público ha procurado demostrar su deferencia, el drama ha naufragado desastrosamente, habiendo caído el telon entre la rechifla más estrepitosa de cuantas se han oído en los teatros de mucho tiempo acá. Enemiga de hacer leña del árbol caído, no diré más acerca de esta desgraciada produccion.

ANARDA

ECOS DE MADRID

¿Hablemos del tiempo?—El baile de los condes de Villagonzalo.—Más fiestas.—Un libro nuevo.—En la vicaría.—Boda en Palacio.—El tenor Anton en la *Favorita*.—Miss Océana.—Una artista de la tierra.—Casos sospechosos.—Un orador notable.—Fin de fiesta.

El clima de Madrid se parece á una coqueta: tan pronto dice que sí como que no; tan pronto os acaricia como os maltrata.

Salís por la mañana embozados en vuestra capa, y sudais el quilo: dais por la tarde una vuelta con abrigo de entretiempo y os quedais convertidos en carambanos.

Y todo esto de un modo brusco, sin transiciones suaves.

El almanaque, que tiene á su cargo la crónica oficial de las estaciones, trae este año mojados los papeles.

Como que dice que hemos entrado en la primavera.

Pero ni una gOLONDRINA en los aires, ni una flor en los campos.

Y cuando no llueve, nieva; y cuando no nieva, graniza.

Todo lo cual no obsta para que la *gentry* madrileña se divierta en grande y que la coronada villa arda en fiestas, como decia el poeta.

\* \* \*

Por ser la más brillante de todas figura en primer lugar el baile dado por los condes de Villagonzalo en su palacio, recientemente reconstruido, de la calle de San Mateo.

La invitacion era para las diez y media de la noche. A las once la circulacion era ya difícil por aquellos vastos y suntuosos salones.

Pero no entremos en el nuevo edificio por el balcon, sino por el portal, que es verdaderamente el de una morada de magnates. Al pié de la escalera, ancha, elevada, dividida en tres tramos y encajonada entre dos altísimos muros



15—Peinado fantasía empolvado (visto por delante)



16.—Traje de casa

17.—Traje de concierto

donde se abren elegantísimas tribunas, dos grandes tiestos de caoba con aros dorados sostienen dos pánfulos de hojas verdes y aceradas, como cuchillos de ágata.

Grandes tapices adornan la espaciosa antesala. Allí numerosos servidores vestidos de calzon corto color de avellana, casacon verde y media de seda blanca, desembarazaban de los abrigos á los invitados, los cuales penetraban luégo en la espléndida galería, que recuerda las del palacio de Versalles, á cuya entrada y bajo las encorvadas ramas de un plátano colosal recibíalos la dueña de la casa con la amabilidad y distincion que le son propias.

La hermosa condesa vestia con la sencillez de la verdadera elegancia: ni una flor, ni una joya: para deslumbrar bastábale con su natural belleza.

Después de atravesar por varios salones, á cual más rico y suntuoso, llegábase al de baile, cuyo tono general es claro con golpes de oro. Sobre el lustroso pavimento y bajo la elevada techumbre maravillosamente pintada, en medio de una atmósfera de luz, entre oleadas de perfumes y al compás de la deliciosa orquesta de los *singaros*, entregábase al placer de la danza todo lo más distinguido y elegante de la *high-life* madrileña.

A las once y media se presentaron SS. AA. las infantas doña Isabel y doña Eulalia, que fueron recibidas al pié de la escalera por el marqués de la Torrecilla y el conde de Villagonzalo.

Al punto la orquesta marcó estruendosamente el rigodon de honor.

La infanta doña Isabel tuvo por pareja al dueño de la casa; la infanta doña Eulalia al marqués de la

Torrecilla; la condesa de Villagonzalo al presidente del Consejo de ministros; la marquesa de Santurce al duque de Fernan-Nuñez; la marquesa de la Torrecilla al señor conde de Solms; la duquesa de Alba al duque de Medina-Sidonia, y la condesa de Puñonrostro al conde de Ofalia.

Entre tantas bellezas como discurrían por aquel palacio encantado llamaban la atencion la duquesa de la Torre, que iba de blanco luciendo un caballito del diablo, de brillantes, en la cabeza y dos collares de estas piedras en la línea del escote; la de Alba, elegantísima con su traje color anaranjado con blonda negra; la condesa de Pinohermoso que vestia traje oscuro con adornos de oro; la de la Corzana, traje blanco bordado con sedas de colores....

Pero ¿á qué seguir? La lista de las damas hermosas que pueblan los salones de nuestros palacios es interminable. Además, ya la conocen nuestras lectoras.

Durante toda la noche sirviéronse refrescantes helados y deliciosos fresones.

A las tres de la madrugada se empezó el cotillon lleno de figuras graciosas y originales, concluyendo la fiesta con una opípara cena.

Tambien se ha bailado en el hotel de la duquesa de la Torre, en casa de la condesa de Cartel, en los salones de la de Rascon, y por último en el palacio de Altamira donde varias damas de la aristocracia organizaron una fiesta de beneficencia que parecia un sueño de hadas.

En ninguna de estas diversiones ha faltado la orquesta de los *zingaros* acompañados y presididos por el anterior empresario del regio coliseo señor Rovira, que es quien los ha contratado y traído á España.

La juventud, pues, no puede quejarse: bailando todas las noches se desquita con creces de las penitencias de la Cuaresma.

\* \* \*

Con el título de *Quelques reminiscences de ma vie* anúnciase la publicacion de un libro cuya lectura ha de ser sumamente interesante y provechosa. En sus páginas, escritas las primeras con rayos de sol, medio borradas las últimas por amargas lágrimas, la ex-emperatriz Eugenia, la condesa de Teba, que fué un día la reina de la hermosura española, cuenta la historia de una grandeza humana, la historia de su propia vida.

Luz, mucha luz al principio; luégo penumbra; despues todo sombra.

\* \* \*

Las bodas menudean que es una bendicion de Dios.

Nada ménos que veintisiete se celebraron el último domingo, sólo en una parroquia, entre gente de la clase obrera.

Hé aquí veintisiete pasiones en las que la crucifixion es segura y la resurreccion imposible.

Gran fervor manifiestan los de abajo en el culto á Himeneo; mas no se muestran ménos fervorosos los de arriba.

La señora doña Marta de Rojas y Martinez de Velasco, marquesa de Aguiar, se ha unido en terceras nupcias con el señor don Eduardo de Laguardia, persona muy conocida en los círculos aristocráticos. Tambien se ha leído la epístola de San Pablo á la hermosa señorita doña Inés Subiela y al bizarro comandante don Baldomero Ibañez, á quienes apadrinaron los marqueses de Arenzana. Y se anuncia para dentro de muy breve tiempo la boda de don Cristino Martos con doña Elvira Leon, viuda del fiscal señor Socías del Fangar. El ilustre tribuno, en cuya casa probablemente no se hablará estos días más que de amonestaciones, de equipos de novia, de partidas de bautismo y de viajes de luna de miel, quiere seguir el ejemplo de su hijo mayor que acaba de unirse en sagrado lazo con doña Laura de la Escosura y Espronceda, nieta del famoso autor de *El Diablo mundo*.

\* \* \*

Pero la boda de la quincena ha sido la que se celebró en Palacio entré el hijo segundogénito del difunto infante don Sebastian, don Pedro Alcántara de Borbon y Borbon, duque de Durcal, y la linda y elegante señorita doña Caridad Madan y Uriondo.

Aquel día el sol habia hecho una excepcion, sin duda en obsequio á la dichosa y enamorada pareja: de vez en cuando, por entre negros y apiñados nubarrones se dignaba mostrar sus rubias guedejas á los contristados madrileños, que ya casi no le conocen.

A las diez de la mañana, la camarera mayor de Palacio, señora duquesa de Medina de las Torres, fué á buscar á la novia á su casa de la calle de la Reina, al mismo tiempo que el señor marqués de Alcañices iba por el novio á su palacio de la calle de Ferraz.

Una vez los futuros esposos en la régia morada, celebráronse los esponsales en el magnífico salon de tapices, diciéndose despues la misa de velacion.

Asistió al acto toda la familia real, así como las infantas doña Cristina con sus hijos y doña Isabel Fernanda, los jefes superiores de Palacio, los duques de Baeza y de Sessa, los marqueses de Villamanrique, Velada, Almenas y Monasterio y los señores de Pignatelli y Aristizábal.

El Rey vestia el airoso uniforme de capitán general; la Reina llevaba un precioso traje de terciopelo verde

oscuro y las infantas doña Isabel y doña Eulalia iban de negro.

La novia estaba encantadora con su elegante atavío de desposada. lucia un valioso aderezo de diamantes blancos y sujetábale en la cabeza el flotante velo una magnífica corona ducal de inestimable valor.

Terminada la ceremonia y despues de haber conversado cariñosamente SS. MM. con los recién casados, estos se dirigieron al palacio de la infanta doña Cristina, de donde salieron al día siguiente para Sevilla.

El *trousseau* de la desposada es digno de una princesa de las Mil y una noches.

\* \* \*

El teatro Real está de enhorabuena.

Andrés Anton se presenta en las tablas del regio coliseo á cantar la parte de Fernando en *La Favorita*.

Gran espectacion en la numerosa y escogida concurrencia que llena la sala.

Se levanta la cortina y el público recibe á Anton con un silencio sepulcral; pero á las primeras notas se oyen murmullos de aprobacion; termina el aria y estalla una tempestad de aplausos.

Gayarre tiene un sucesor.

\* \* \*

Entre las notabilidades que se han exhibido en el Circo de Price al inaugurarse esta temporada, el puesto de honor corresponde al bello sexo; á dos mujeres.

Miss Océana es una estatua griega de carne viva. Sus contornos son escultóricos. Posee la belleza rubia y serena de la norte-americana y la robustez y exuberancia de formas que caracterizan á las beldades del Mediodía. Sólo con su presencia produce el entusiasmo en los hombres y despierta la envidia en las mujeres.

Cuando se tiende en aquel columpio de alambre, casi invisible, parece una diosa del Olimpo dormida en el aire.

Como artista no vale gran cosa. Sus ejercicios son únicamente un pretexto para hacer admirar su hermosura.

La otra notabilidad se llama Elvira Guerra: es una artista española, nacida en Lora del Rio.

Pocas *ecuyères* hemos visto tan correctas como ella.

Monta á la alta escuela divinamente.

Es la distincion á caballo.

\* \* \*

Háblase de casos sospechosos ocurridos no sólo en Játiva sino tambien en otros puntos, alguno de los cuales está muy próximo á Madrid.

Pero no se toman medidas.

Porque aquí nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena.

Y si alguno se acuerda, los que debieran oírle hacen como que no le oyen.

\* \* \*

Ocurriánsenos las anteriores reflexiones una de estas noches pasadas en los salones de la Sociedad española de Higiene, donde el señor don Angel Fernandez-Caro daba una conferencia sobre uno de los puntos discutidos en el Congreso internacional de higiene del Haya.

Entramos en aquel recinto como profanos y sólo por mera curiosidad, pero salimos de allí vivamente impresionados.

Empezó por cautivar nuestra atencion la gallarda figura y distinguidos modales del orador; subyugáronnos luégo lo castizo de su lenguaje y lo elegante y enérgico de su palabra; y por último no pudimos ménos de admirar su lógica y su sentido práctico, que en verdad, son de primera fuerza, porque es de saber que el orador nos convenció de que....

Vamos á ver: ¿de qué dirán Vds. que nos convenció?

Pues de una friolera: en primer lugar de que todos los españoles somos unos papanatas, ó como él de-

cia, de que aquí todo el mundo tiene más de Quijote que de Sancho.

Eso ya lo sabíamos. ¿Y luégo?

Luégo de la importancia de la higiene escolar.

Eso lo ignorábamos; pero ¿á qué hablar de higiene escolar en un país donde apenas hay escuelas?

Ni higiene.

El señor Fernandez-Caro predicó bien, pero predicó en desierto; lo cual no quita para que le señalemos como uno de nuestros más notables oradores y sobre todo como uno de los pocos españoles que se acuerdan de Santa Bárbara ántes que truene.

\* \* \*

Cuatro poetas trasnochados, de esos que por ahí llaman *bohémios*, con más pereza que talento, y más talento que dinero, apurados por el hambre, tomaron un día la resolucion de ponerse aquella misma noche á trabajar.

Y dicho y hecho. Sana la cabeza y el estómago vacío, reuniéronse á las seis en casa de uno de ellos, que habia podido arreglar, con harto trabajo, un velon y una mesa. Sentados ya todos alrededor de esta pusieron los cuatro amigos á meditar seriamente sobre los medios de salir de la estrechez en que vivian.

El dueño de la casa habló primero.

—¿Si hiciésemos un drama para Vico?

—No; mejor es un sainete para Variedades: el público quiere reir,—replicó otro.

—Fundemos un periódico satírico,—dijo el tercero.

El cuarto no decia nada, pero recibia todas las proposiciones con un movimiento de cabeza.

—¿Y tú, que tanto miras el velon, crees que él te va á inspirar? ¿Qué hacemos? Vamos, dí...—exclamó el dueño de la casa dirigiéndose al silencioso compañero.—Dinos tu opinion.

—Opino,—contestó el aludido,—que vendamos el velon para irnos á comer.

SIEBEL.

## RAYOS DE SOL

NOVELA

(Continuacion)

Por segunda vez, en pocos minutos, sintió Lorenzo que el carmin de la vergüenza enrojecia sus mejillas. Tratado primero como un vago despreciable, se le invitaba luégo á ocuparse en una faena propia de mujeres y de niños, sin fuerzas ni conocimientos para cosa ménos ridícula. La proposicion no era seductora, ciertamente; pero cuando la sublevacion de su amor propio le impulsaba á rechazar lo que por de pronto creia una bajeza, apareciósele la imágen de Magdalena extenuada de fatiga, de Julian minado por una fiebre lenta, de él mismo mortificado, martirizado por las necesidades de la exigente naturaleza...

—Ea ¡valor!—dijo para su capote.—Por hoy lo que se presenta; mañana lo que Dios depare.

Y sin pensarlo más tiempo, quitóse la blusa y se metió entre las viejas gruñonas y los niños revoltosos, procurando no oír las cuchufletas de los trabajadores que se le reian en las barbas viéndole entregarse á tal faena. Alguna vez estuvo tentado de hacer pagar cara la burla á los burladores; pero pudo más en él la idea del deber cumplido; se habia vencido á sí propio y á cada instante se sentia más fuerte y más dispuesto á cumplir su deber. Propia ó no propia de un guapo mozo la tarea, desempeñóla con buena voluntad, digna de mejor empleo.

No pasó desapercibida la conducta de Lorenzo del empresario de la obra, que se sintió naturalmente inclinado en favor de un hombre jóven y al parecer inteligente, que preferia á la forzada holganza una ocupacion cualquiera, por infantil que fuese.

Así fué que cuando Barrios hubo acopiado un regular monton de virutas y astillas, y empezó á buscar, de aquí para allí, algo con qué llevarselas, cuyo algo no tenia por de pronto, el susodicho empresario le dijo:

—¡Eh!... ¡compañero! Ahí tienes un buen pedazo



de arpillera... Haz tu atillo con él, y ya me lo devolverás cuando hayas vendido tu mercancía.

Lorenzo dióle las gracias, cargó con su provision y se encaminó en busca de la salida.

—¡Oye!...—gritó el contratista.—Cuida que olvides la blusa...

—No la olvido;—contestó Barrios—la dejo en prenda. V. no tiene obligación de fiarse de mí.

—Pero ¿en prenda de qué?

—De la arpillera que me ha prestado.

—Enhorabuena, ya que así lo quieres. Hasta la vuelta.

La vuelta se verificó en efecto, y aún se repitió varias veces durante el día. A cada viaje de Barrios correspondía la venta de su mercancía, es decir, un lucro de algunos céntimos, no muchos, pero, al fin y al cabo, un jornal bueno ó malo de por junto.

Un sudor copioso inundaba el rostro y el cuerpo todo de nuestro obrero; mas soportaba valientemente la fatiga viendo aumentar el número de perros grandes y chicos que eran el premio de aquel rudimentario comercio.

Ocupado se hallaba en su trabajo, á eso de las tres de la tarde, cuando le suplicaron que fuese á arrimar la espalda para sacar de su apuro á un carretero cuyo vehículo se había atascado junto á la puerta. Estaba dotado Lorenzo de una fuerza hercúlea, de suerte que apenas echó mano á la rueda é imprimió al carro un impulso de elevacion como suyo, el vehículo se encontró fuera del bache.

—¡Compañero!—exclamó uno de los operarios,—valiente musculatura tienes... Lástima que con excelentes cuatro cuartos, te dediques á coleccionar virutas y astillas, como los niños.

—Cuando no se tiene otra cosa mejor que hacer, se hace lo que se puede—contestó Barrios enjugando con el revés de su ancha mano las gotas de sudor que le surcaban el rostro.

—Pues vaya—dijo un capataz;—si tanto deseas prosperar y tal fuerza tienes, coge esta sierra por un extremo; coge tú el extremo opuesto—y designó á otro operario—y manos á la obra... Es una faena que no necesita grande aprendizaje.

Apénas dicho, ya estaba Lorenzo encaramado en lo alto del aparato de aserrar, y como algo entendía del arte, en poco tiempo él y su compañero dieron cuenta de la primera jácena que se les había confiado. A la primera sucedió la segunda, y á esta otras, hasta la puesta del sol, en que terminó el trabajo del día.

—¿Te vienes con nosotros?—preguntó uno de sus nuevos compañeros.

Barrios rehusó, porque hartó sabía que la mayor parte de estos iban á desparramarse por las tabernas que hallarian al paso. El empresario le hizo entrar en la barraca donde arreglaba sus cuentas, y poniéndole una peseta en la mano, díjole:

—Aquí tienes tu cuarto de jornal, honradamente ganado. Si te acomoda, puedes venir desde mañana á la obra. Me pareces un buen muchacho, y ahora vamos á que me refieras tus cuitas, con una copa de ron en la mano.

—Gracias, mi amo,—contestó Lorenzo—no lo tome V. á desaire; pero tengo hecho propósito de no volver á la taberna ni al café, no diré precisamente en lo que me resta de vida, pero al menos en mucho tiempo. Tengo mis razones para ello; algún día las sabrá V. Hasta mañana, mi amo.

El empresario fué siguiendo con la vista á Barrios, hasta que éste salió de la obra.

—Pues, señor,—murmuró luego;—aún me atengo á lo dicho: es un buen muchacho y sería pecado dejarle en la miseria. ¡Ojalá se le pareciera toda esa cuadrilla de perdidos que se burlaban de él esta mañana!...

## VI

El siguiente día y sucesivos, Lorenzo acudió puntualmente al trabajo, y bien por jornal, bien á destajo, siempre retiraba un salario, modesto, pero honrosamente adquirido. Esto había influido poderosamente en su carácter, que volvió á ser dulce y pacífico como en sus buenos tiempos.

Algunas veces ocurría que, al retirarse á su casa, le dijera Magdalena:

—Han preguntado por tí... Un caballero quería encargarte tal ó cual mueble...

En semejantes casos, suspiraba Barrios pensando en su anterior situacion; comparando el exíguo jornal presente con el que hubiera podido corresponderle á tener su antiguo taller, sus oficiales que le llamaban *maestro*, sus parroquianos, su porvenir... Pero, en fin, Dios lo había dispuesto de otro modo y Lorenzo se resignaba y hasta era relativamente feliz, pues estaba satisfecho de sí mismo.

Todo, por lo visto, hubiera continuado tranquilamente, en medio de la estrechez de aquella admirable familia, si no hubiera existido en ella un gérmen de irremediable tristeza, casi puede decirse de desesperacion. El pobrecito Julian iba de mal en peor: no parecía sino que la vida pendía de un hilo en aquel cuerpo excesivamente delicado. Mientras sus exiguas fuerzas lo permitieron, su madre le sacó todos los días del sótano en que habitaban y le paseó con intento de que respirase el aire puro de la primavera. Algunas veces, cuando la flaqueza de piernas de Julian le impedía andar por sus propios pies, Magdalena cargaba con él en brazos y le conducía al lugar donde trabajaba su padre, á quien llevaban la frugal comida del medio día. Pero la fatiga empezó á minar las fuerzas de la desdichada madre, que á su vez necesitaba quien la ayudara á soportar las propias fatigas. En algunas ocasiones, bien por falta de tiempo, bien por exceso de cansancio, había de renunciar á acompañarse de su hijo: en tales casos, le acomodaba lo mejor posible, siempre donde pudiera alcanzarle, siquiera de paso, un hermoso rayo de sol. De esta suerte el bueno de Julian aguardaba pacífico y resignado la llegada de su cariñosa madre.

Precisamente la víspera de uno de los días en que había de tener lugar tal escena como esa, la pequeña Emilia, encaramada sobre las rodillas de su tío Juan, decía:

—Oiga V., tío; mi querido tío... Ya que es V. tan bueno para mí, no tendrá inconveniente en acompañarme á casa del pequeño Julian. Prometí llevarle mi hermoso canario, y si hubiera V. visto qué alegre se puso...

—Pero, hija mia ¿has pensado bien en lo que dices?... ¿No calculas que en cuánto te desposeas de tu pajarito, lo vas á echar de menos?

—Mucho que sí—contestó Emilia, viniéndose las lágrimas á los ojos;—mucho que sí; porque yo quiero mucho á mi canario... No obstante, más falta le hace al pobre Julian... Si V. le viese... Tiene un semblante tan triste! Y luego, su debilidad es tal que apenas puede tenerse en pie. Cuando tenga mi pajarito que le haga compañía, ya no estará solo y se pondrá muy alegre... ¡Ya lo creo que se pondrá muy alegre!... Con que, oiga V., tío, lo que vamos á hacer V. y yo.

—Sepamos...

—Nos levantaremos temprano; saldremos de casa; V. llevará la jaula de Mimí y yo el cucurucho que contiene su mijo y su alpiste. De paso pediremos á la cocinera una hoja de lechuga, y hétenos á entrambos...

—Cabal, hétenos á entrambos siendo el hazme reir de la gente. Vaya, señorita, sea V. todo lo cuerda posible y responda ¿qué pensarían, qué dirían nuestros conocidos, viendo á D. Juan del Castillo conduciendo de una mano á su sobrina y de la otra mano la jaula de un canario?

—¡Toma!... Dirían... Ahí van D. Juan y su sobrina... ¡Y poco satisfechos que van el uno y el otro!... Con que, está dicho: ¿me acompañará V. á casa de Julian?

—Bien habrá que hacerlo, siquiera para complacer á V.

Y dicho y hecho. Al día siguiente, el señor don Juan del Castillo, el taciturno D. Juan, el enfermo D. Juan, el miedoso D. Juan, se hacia vestir su paletó mejor forrado y se preparaba contra los rudos ataques de un frío que sólo existía en su imaginacion, para trasladarse á una calle húmeda y malsana, sin más objeto que obsequiar con un pájaro de regalo á un niño pobre y enfermo que le era perfectamente desconocido. Y esto con la circunstancia agravante de que ni la noche se había pasado bien, ni el día era de los más apacibles; pero el diablillo de Emilia había madrugado como un tragnero, y desde las primeras horas de la mañana se había instalado en

el gabinete de su tío, á punto de salir á la calle, cargada *aún más* con las municiones de boca de Mimí, como si proveyera á este contra las eventualidades de un sitio. Por todo lo cual, no le quedó más recurso á D. Juan que hacerse cargo dócilmente de la jaula y trasladarla al carruaje que Emilia había hecho preparar una hora ántes.

Cuando la interesante pareja y el consabido canario llegaron á casa de los esposos Barrios, Julian se encontraba solo en ella, cosa que le ocurría bastante á menudo, solo y sentado en la silla que raras, muy raras veces, le era dado abandonar. Con la nariz pegada á los cristales de su estrecha ventana, espaciaba la vista, si espacio existía realmente en el mezzuino zaguán de la casa, y sonreía plácidamente contemplando un pequeño gato que se lamia y relamía la pata, con esa coquetería típica de la pequeña raza felina.

Imposible es describir el movimiento de sorpresa y de alegría que hizo Julian á la vista de las inesperadas visitas y sobre todo á la vista del hermoso canario, que una sola vez en su vida había tenido ocasion de admirar. Por de pronto se quedó extático, sin proferir palabra, con los ojos clavados en don Juan y en su hermosa sobrina; mas cuando ésta le tendió la jaula, en ademán de regalársela, fué una verdadera explosion de entusiasmo la que se produjo en el pobre niño, revelada por un sín número de besos aplicados á los dorados hierros de aquella elegante prision portátil.

El señor de Castillo contemplaba enternecido la alegría de una y otra criatura, porque Emilia no parecía ménos contenta que Julian, al ver el inmenso efecto producido por su regalo.

—Pero, vamos á ver,—dijo D. Juan al cabo de un rato,—¿dónde está tu madre?

—Mi madre ha salido para llevar la comida á mi padre,—contestó el muchacho, sin quitarle el ojo á su canario.

—¿Y dónde trabaja tu padre?—insistió Castillo.

—No sé, señor; pero tengo entendido que es muy lejos de aquí; allá por los últimos de la Castellana.

—¿Y en qué se ocupa, que se da tal caminata?

—Al principio recogía astillas y virutas... Parece que hay por allí un gran solar lleno de ellas.

—¿Y para qué recogía tu padre esos desperdicios?...

—¡Toma! para venderlos luego á los que se los compraban.

—De suerte, que tu padre no trabaja ya de ebanista...

—No, señor; creo que tuvo que vender sus enseres para satisfacer una deuda sagrada. Ahora ha mejorado bastante de ocupacion, si bien no todos los días son igualmente buenos. Ayuda á los carreteros á cargar y descargar grandes piezas de madera, muy grandes y muy pesadas; de modo que á menudo viene á casa rendido de fatiga. Pero cuando así sucede, parece más contento, porque mayor jornal le entrega á mi madre. Por al contrario, cuando tiene que volver á las astillas y á las virutas, parece que le haya ocurrido una desgracia, segun lo triste que viene á casa.

D. Juan se sentía como torturado por las ingenuas explicaciones de Julian. Así es que, mientras éste y Emilia, ebrios de gozo, instalaban el canario junto á la ventana y le daban pedacitos de azúcar y bizcocho, de que aquella había hecho considerable provision, Castillo inspeccionaba hasta el último rincón de aquella estancia humilde, fría, húmeda, notable solamente por la carencia de todo confortable y hasta de mucho de lo más necesario. Si apartando la vista de la estancia, la fijaba, á través de la estrecha ventana, en el zaguán, echaba de ver la imposibilidad de que en hora alguna llegase el sol hasta el fondo de aquella especie de abismo, donde únicamente el musgo podía vegetar libremente. Y en seguida paraba su atencion en aquel pobre niño, flaco, pálido, raquítico, no tanto por culpa de la naturaleza, como por la serie de privaciones á que estuvo sujeto desde que vino á lo que propiamente podía llamar la cárcel del mundo.

(Se continuará)

## PENSAMIENTOS

No avergonzarse de las faltas, es duplicarlas.

Prestando servicio á un hombre honrado, nos hacemos acreedores á la gratitud del mundo entero.

No exijais de otro lo que no esteis dispuestos á hacer vosotros mismos. —Cyró.

Se conoce mejor el carácter de una persona por las cartas que se le dirigen que por las que él mismo escribe. —Sonthey.

Haced educar por un esclavo á vuestro hijo y resultará que tendreis dos esclavos en lugar de uno. —Levana.

No hay por qué lloremos tanto á los muertos... Al fin y al cabo están realizando un viaje que todos hemos de hacer. —Anti-phanes.

La resignacion en la desgracia es una virtud en el individuo, pero no lo es en un pueblo, porque las desgracias de un individuo pueden ser irremediables; las de un pueblo nunca lo son. Para combatir las cabe emplear las fuerzas intelectuales, morales y físicas de todos los ciudadanos, y si la generacion que empieza la generosa tarea de regenerar á su país, no llega á verla terminada, otras generaciones lo verán, porque las naciones no mueren como mueren los individuos. —Manin.

Un buen libro es el mejor de los amigos: en su compañía pasais agradablemente el tiempo, aun en aquellos casos en que no teneis de quien fiaros. No hay cuidado que revele ninguno de vuestros secretos y os enseña toda la sabiduría que contiene. —Máxima oriental.

Calma el desenfreno de tus pasiones: siéntate en el banquete de la vida como el más humilde de los convidados y no se te ocurra pedir lo que el *menu* no traiga. —Von Knebel.

Dos cosas constituyen al poeta y al artista: saber elevarse á mayor altura de la realidad y permanecer dentro de los límites de la perfeccion física. Aquello es artístico que concilia estas dos condiciones. —Goethe.

Donde no hay lucha no hay triunfo; de lo cual resulta que nuestro enemigo es el principal auxiliar de nuestra victoria. —Roberto Peel.

Ninguna tentacion hay más peligrosa que el creernos alejados de toda tentacion. —Quesnel.

La ciencia es luz del entendimiento, guía de la verdad, compañera de la sabiduría. Pero esa luz brillante que nos encanta, no nos ha sido concedida para alegrar simplemente nuestra vista, sino para guiar nuestra marcha y reglamentar nuestra voluntad. —Bossuet.

Todo el mundo se afana por vivir muchos años y sin embargo nadie quiere ser viejo. —Switz.

Los mismos vicios puede engendrar el orgullo desmesurado que la humildad excesiva. —Montesquieu.

La suciedad del cuerpo es una malísima condicion para la limpieza del alma. —Mad. Stowe.

Son muchos los que destruyen su hermosura por la mal entendida idea de hacerse más hermosos. —Bossuet.



18 y 19.—Trajes de paseo

La primera sensacion que experimento al encontrarme en presencia de una criatura humana, por humilde que sea su condicion, es la de la igualdad originaria de la especie. Una vez dominado por esta idea, me preocupa mucho más que la de serla útil ó agradable, la de no ofender en lo más mínimo su dignidad. —Toqueville.

Los griegos idearon un demonio protector; para los cristianos existe un ángel de la guarda que vela por quien le lleva en su alma, precisamente cuando arrastramos nuestras alas por el fango. —Angeio de Cubernatis.

## RECETAS UTILES

## PARA LIMPIAR LAS ESPONJAS DE TOCADOR

Para limpiar las esponjas engrasadas de jabon, basta dejarlas muchas horas en agua en la que se haya diluido un buen puñado de sal gris, y aclararlas en seguida con agua pura.

## LAS POMPAS DE JABON

Con frecuencia se buscan medios para entretener á los niños enfermos. Las burbujas ó pompas de jabon suelen distraerles mucho cuando ven en ellas todos los colores del prisma. Si en lugar de emplear jabon comun se hace uso de una pequeña cantidad de oleato de sosa y de glicérina, se obtendrán pompas de tamaño sorprendente y que ostentarán los más vivos y brillantes colores. Su duracion es á veces considerable, pues en más de una ocasion se las ha conservado debajo de un fanal hasta cuarenta y ocho horas.

## PASATIEMPOS

SOLUCION  
DE LOS DEL NÚMERO 33

Enigma.—El baston.

Palabras en cruz

C  
E  
EMILIA  
E  
D  
O  
N  
I  
A

L  
I  
V  
A TENAS  
R  
P  
O  
O  
L

Criptografía. — Oveja que bala bocado pierde.

Semblanza histórica. — Doña Urraca, reina de Castilla y Leon, esposa de D. Alfonso el Batallador.

Charada.—Catarata.

## ENIGMA

¿Qué cosa es aquella que se pisa con otra igual; se la traza sobre el papel y se la ejecuta en la calle?

## CUADRADO NUMÉRICO

1	62	61	60	...	2
...	...	...	...	...	...
...	...	...	...	...	...
...	...	...	...	...	...
...	...	...	...	...	...
63	3	4	5	...	64

Ocúpense los puntos representados en el anterior cuadrado con las cantidades comprendidas entre 6 y 59, de modo que las sumas de las líneas horizontales y verticales y de las dos grandes diagonales, dé 260.

## LOGOGRIFO

Con las siete letras que componen el nombre de un mar, formar las palabras siguientes:

1.<sup>a</sup> Un árbol.—2.<sup>a</sup> Un dios.—3.<sup>a</sup> Un apéndice.—4.<sup>a</sup> Un arma defensiva.—5.<sup>a</sup> Una bebida.—6.<sup>a</sup> La hembra de una fiera.—7.<sup>a</sup> Una nota de música.—8.<sup>a</sup> Voz de mando.—9.<sup>a</sup> Un tonel.—10.<sup>a</sup> Una prenda para la cabeza.—11.<sup>a</sup> Objeto propio de las armas de fuego.—12.<sup>a</sup> Una entrevista.

## SEMBLANZA HISTÓRICA

Ceñi en Toledo corona  
Que arrastró un bético rio,  
Y en Sevilla mi cabeza  
Otra adornó con su brillo.

Por mi estirpe y mi hermosura  
Tuve dos régios maridos,  
Que si al Supremo Hacedor  
Rindieron culto distinto,  
En su desastrosa muerte  
Fueron ambos parecidos,  
Y yo, misera, á la tumba  
Oscuramente seguilos.

## CHARADA

Prima y segunda se toma  
Mas no se coge ni prueba;  
Prima y tres es un conjunto;  
Dos y tres, de gozo muestra,  
Y el todo, há siglos que está  
En la castellana tierra.